

NOTA

NOTA HISTÓRICA SOBRE LA EXCAVACIÓN DEL ABRIGO DE CHACRA BRIONES

Nicolás Sánchez-Albornoz*

Hace más de medio siglo que acompañé, en el verano austral de 1959, al Prof. Oswald F. A. Menghin en la excavación del abrigo rocoso situado en la margen izquierda del río Chubut en tierras de la chacra Briones. El yacimiento estaba condenado entonces, como otros de la zona, a quedar sepultado bajo las aguas del dique Ameghino. Terminada la construcción del embalse el año anterior, el caudal que desciende de la cordillera andina habría de inundar unos 50 km del cauce inferior del río, en el que se encuentra el sitio arqueológico. Se trataba, pues, de una intervención de urgencia. El Prof. Menghin había conocido la riqueza del lugar en expediciones anteriores. Una primera y fructífera cala al pie del abrigo databa de 1955. El escueto informe de la actuación llevada a cabo en 1956 anota que la pared estaba cubierta de nueve grupos de pinturas de color rojo, amarillo, negro y blanco (Anónimo 1956). La tercera intervención se proponía proseguir la excavación e inventariar las pictografías.

No participé en esta expedición a título profesional. Arqueólogo no era, pero se conocía mi interés por la prehistoria patagónica, de la que, en esas fechas, estaba casi todo por hacer. Contaba en mi haber la relación casi completa de las pinturas rupestres de un tramo contiguo de las provincias de Río Negro y Chubut. A la búsqueda de las manifestaciones del arte rupestre de la precordillera andina había dedicado varias expediciones que efectué por mi cuenta en los veranos de 1954 y 1955. Mis hallazgos los difundí en los primeros números de *Acta Praehistorica*, gracias a la buena acogida que el profesor Menghin les dispensó (Sánchez-Albornoz 1957 y 1958a)¹. La revista había sido fundada por él en Buenos Aires con apoyos privados, al margen de los canales oficiales. Órgano de un nominal Centro Argentino de Estudios Prehistóricos, la revista respondía al interés del prehistoriador tirolés por los pueblos cazadores y recolectores sudamericanos. En Viena, había gozado, antes de emigrar a la Argentina, de reputación como especialista del paleolítico mundial. Menghin tuvo incluso la deferencia de incorporarme al consejo editor de la revista.

Como alumno de la carrera de Historia, yo había seguido los cursos que daba Menghin en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Resultaba pues, natural que comentara mis descubrimientos con mi antiguo profesor, autor, por añadidura, del primer esquema de tipología y cronología de las pictografías patagónicas (Menghin 1952). Animado a proseguir mis exploraciones por la aceptación que mis trabajos habían encontrado, y agotadas,

* Profesor Emérito, New York University. E-mail: nsalbornoz@gmail.com

por otra parte, las expectativas de hallar más pictografías en la zona indagada hasta entonces², mi curiosidad se desvió hacia el extremo austral del continente. El viaje de reconocimiento que hice en 1956 por Tierra del Fuego dio frutos singulares de los que informé en un folleto publicado por la Universidad Nacional del Sur (Sánchez-Albornoz 1958b). El interior patagónico y la costa atlántica surgieron a continuación como área de exploraciones ulteriores. La campaña en la que me embarqué me brindó la oportunidad deseada.

La relación científica establecida con Menghin, con independencia de las consideraciones que motivaron su exilio en Argentina, justificó mi incorporación a parte de la campaña anual por él proyectada, en la que participó también su esposa y asidua colaboradora. Los planes de Menghin preveían una breve visita a una estancia en el partido de Villarino, al sur de la provincia de Buenos Aires, y otra a la familia Casamiquela en Viedma. El cabeza de esta familia ostentaba, a la sazón, un cargo importante en el gobierno de la nueva provincia de Río Negro y el hijo, Rodolfo, despuntaba como el mejor conocedor que llegaría a ser de la arqueología y antropología de la Patagonia. Cubiertas ambas etapas, nos dirigimos, como estaba previsto, al abrigo de Chacra Briones. La zona elegida para excavar era contigua a un tramo investigado tres años atrás. La tarea ocupó varios días, durante los cuales me familiaricé con el trabajo metódico requerido, seguí los hallazgos sucesivos, saqué fotografías y me dediqué a las pinturas que adornaban la pared del abrigo. Concluido el plan fijado, la partida se separó. Menghin pasó el resto del verano en la cordillera andina en busca de paraderos de ascendencia araucana. Yo volví a Buenos Aires por razones familiares, no sin antes visitar en el camino de vuelta los médanos de San Antonio Este en la costa de Río Negro. Su inspección me proporcionó materiales superficiales que di a conocer bastantes años después (Sánchez-Albornoz 1967).

La docencia e investigación en el campo de la historia, el disfrute de una larga beca de estudios en Francia e Inglaterra, la dirección del componente histórico de un estudio de área en el noroeste indígena y mi pronto exilio de la Argentina concurren para que cesaran mis incursiones patagónicas y que el trato con el Prof. Menghin se espaciara y acabara por interrumpirse. Nada supe entonces del destino dado a los materiales recogidos en aquella campaña, ni si habían sido estudiados y dados a conocer. A la distancia de Nueva York, donde recalé, perdí el rastro de las publicaciones científicas del propio Menghin, que desapareció en Buenos Aires en 1973.

La venida a Madrid, en el presente año de 2011, de la doctora Analía Castro, interesada por la colección de materiales líticos patagónicos por mí recogidos y donados al Museo de América para su conservación, me obligó a reavivar, a instancias suyas, los recuerdos de aquella lejana expedición. Gracias a ella, me enteré de que Menghin y Carlos J. Gradin habían publicado un estudio del sitio de Las Plumas, situado río arriba a poca distancia del abrigo de la Chacra Briones, con rocas profusamente grabadas (Menghin y Gradin 1972). Supe también que los materiales, recogidos en las tres campañas de Chacra Briones y depositados en el Instituto de Arqueología de la Universidad de Buenos Aires, habían sido descritos en detalle y contextualizados con ayuda de las libretas de campaña dejadas por Menghin. Su análisis ha dado lugar a varias comunicaciones y publicaciones (Aschero *et al.* 1978, 1983-85; Bellelli *et al.* 1980; Aschero *et al.* 2006). Entre los apuntes y libretas entregados al Museo de América, complementarios de mi anterior donación, la doctora Castro descubrió los negativos de la expedición de 1959 a Chacra Briones. En el acto, ella me sugirió que diera noticia y comentara esas fotografías, al menos a título ya histórico.

De los negativos que el tiempo trascurrido ha conservado nítidos, doy a conocer aquí cinco imágenes. La primera recoge una escena en la que se divisan dos peones atareados con pico y pala (Figura 1). En la misma toma, la señora de Menghin observa escombros y el profesor sostiene en su mano izquierda un objeto del que no quita ojo. Varias piezas yacen en la superficie con papeles identificadores. La segunda fotografía (Figura 2) ofrece una perspectiva del abrigo en profundidad mirando de norte a sur. En ella, Menghin y yo aparecemos de espaldas en niveles distintos, mientras que dos peones cavan a izquierda y a derecha de un rectángulo dejado como testigo. La vegetación baja que se divisa a la izquierda de la foto marca el límite exterior del



Figura 1. El Prof. O. F. A. Menghin, su esposa y dos peones en la excavación del sitio Chacra Briones



Figura 2. Vista en perspectiva de la excavación de Chacra Briones (norte a sur)

abrigo que el alero superior recubre. La tercera fotografía (Figura 3) centra su atención sobre el testigo de unos tres metros de profundidad. La Sra. Menghin aparece en ella de frente sujetando una estaca. Más atrás puede verse el hueco dejado por una intervención secundaria en 1956. En la pared entre ambos espacios es donde se encuentran las pinturas rupestres de las que paso a ocuparme. No recuerdo otras imágenes publicadas de Menghin en acción en la Patagonia.



Figura 3. Sra. de Menghin en la excavación de Chacra Briones

Las dos fotografías últimas de esta nota dan a conocer los motivos de las pictografías por un procedimiento indirecto, es decir, recubiertos de tiza, modo habitual de operar en la época. La tiza tapa el color original, pero acentúa, en blanco y negro, el contraste y perfila el motivo. De la variedad de colores originales sólo consta lo mencionado en la crónica de 1956. El color dominante era sin embargo, el rojo, como en la mayor parte de las pictografías. Pigmentos de ese color se han encontrado, por cierto, en objetos hallados en las capas sedimentarias superiores, según la información publicada. Tal vez sean restos de su fabricación o uso para pintar la pared, el cuerpo o los cueros. La ausencia de pigmentos en los estratos más profundos del abrigo sugiere, sin excluir otra cosa, que las pinturas parietales datan de siglos más bien recientes. De los nueve grupos de pinturas mencionados en *Runa*, nada sabemos de los criterios seguidos para su agrupación. Es de temer, no obstante, que las fotografías no recojan a todos ellos.

Las pinturas visibles en las dos fotografías incluidas, forman, a mi modo de ver, dos conjuntos. El ligeramente más septentrional se repite en parte en la primera imagen. A la izquierda del friso (Figura 4), se observan, de arriba hacia abajo, un trazo inclinado aislado, cinco otros más cortos encerrados dentro de una línea ovalada o cartucho, diez trazos ramificados arriba y abajo de una línea horizontal, a continuación una greca, un trazo inclinado con dos puntos, dos líneas inclinadas con dos círculos, superpuestas a otro cartucho con líneas, una figura formada por arcos y, por adentro, trazos paralelos (el arco interior se encuentra punteado), otro arco en forma de hoz en parte sobrepuesto a la figura anterior, más dos ángulos rectos. Complejo múltiple de temas y facturas diversas.

El conjunto de la derecha (Figura 5) se descompone, también de arriba abajo, en dos gruesas líneas paralelas verticales, a la izquierda una planta de pie (?) encima de tres trazos inclinados, tres líneas quebradas de distinto tamaño, una en sentido horizontal y dos en sentido vertical, con una suerte de D sobrepuesta. Ésta se repite invertida a la derecha. Debajo de este grupo, un visitante moderno escribió su nombre. A la derecha de este gesto desaprensivo, hay dos trazos paralelos. En fin, aislada en la parte inferior, siete líneas verticales cortas penden de una línea horizontal.



Figura 4. Sector izquierdo del panel con pinturas de Chacra Briones



Figura 5. Sector derecho del panel con pinturas de Chacra Briones

Las líneas paralelas, sueltas, ramificadas o encerradas en un cartucho, con inclinaciones por lo demás diversas, se hallan en ambos conjuntos. Ellas, más los arcos y los círculos, se encuentran a su vez en los grabados del cercano yacimiento de Piedra Calada. La coincidencia en ambos sitios próximos induce a pensar que ambos pertenecen a un mismo complejo gráfico, que se expresa según conveniencias mediante colores o incisiones. Es de suponer también que al

estar los motivos de Piedra Calada más expuestos a la intemperie que los del abrigo, los colores hayan desaparecido. La correspondencia temática entre ambos sitios está lejos, sin embargo, de ser perfecta. Específicas del abrigo son una greca y líneas quebradas, posiblemente un añadido posterior. En Piedra Calada abundan, por su parte, líneas onduladas desconocidas en Chacra Briones. El ideograma del abrigo rocoso presenta analogías con el de las pinturas de la precordillera andina. Faltan, sin embargo, en este lugar, desde el punto de vista formal, los elaborados trazos geométricos que abundan allí, posible reflejo de influencias gráficas y simbólicas llegadas del norte andino de Chile y Argentina.

Al cabo de medio siglo, la mayor parte de quienes intervinieron en las campañas arqueológicas a Chacra Briones han desaparecido y los recuerdos que restan se difuminan. En esta breve nota, se me presenta la oportunidad de aportar mínimos detalles de una investigación de campo a una nueva generación de arqueólogos y, de paso, de recordar que las aguas del dique Ameghino recubren información sobre los pobladores originarios de Chubut.

Ávila, agosto 2011

Fecha de recepción: 04/08/2011

Fecha de aceptación: 06/09/2011

NOTAS

- ¹ A la misma tanda se adscribe el artículo posterior (Sánchez-Albornoz 1959). Mi inclinación anterior por la arqueología en general queda atestiguada en un ensayo publicado sobre fuentes bibliográficas (Sánchez-Albornoz 1955).
- ² Que quedaban pocas pictografías por identificar fue confirmado medio siglo después cuando un equipo de antropólogos volvió a recorrer en 1996 la zona por mí visitada. La expedición, con propósito divulgador del acervo pictográfico, localizó pocas pinturas más, pero echó en falta otras desaparecidas o deterioradas por la acción de la naturaleza o del hombre (Bellelli *et al.* 1998).

BIBLIOGRAFÍA

Anónimo

1956. Nuevo viaje de estudio a la Patagonia. *Runa* II (2): 301-302.

Aschero, C., C. Bellelli y M. V. Fontanella

1978. La secuencia arqueológica de Chacra Briones (Dique Ameghino - Chubut): un análisis del instrumental lítico obtenido en las excavaciones de O. F. A. Menghin. Ms. Presentado al *V Congreso de Arqueología Argentina*, San Juan.

1983-85. La industria lítica de la secuencia arqueológica de Chacra Briones (Dique Ameghino-Chubut) Excavaciones de O.F.A. Menghin, 1956-1959. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 10: 319-338.

Aschero, C.; C. Bellelli; C. Fernández Lannot; A. Fisher; M. V. Fontanella; J. Gómez Otero y C. Pérez de Micou

2006. Un análisis tipológico y técnico-morfológico de siete sitios del complejo patagónico (Ms.). En C. Pérez Micou (ed.), *El modo de hacer las cosas. Artefactos y ecofactos en arqueología*: 21-34. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Bellelli, C.; M. V. Fontanella y C. Aschero

1980. Consideraciones sobre la distribución espacial y la variación morfológica del instrumental lítico en la secuencia de Chacra Briones. *Sapiens* 4: 109-115.

Bellelli, C.; M. Podestá; P. Fernández; V. Scheinsohn y D. Sánchez

1998. *Imágenes para el futuro. Arte rupestre patagónico, su registro y preservación en la Comarca Andina del Paralelo 42°*, CD-ROM. Buenos Aires, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.

Menghin, O.F.A.

1952. Las pinturas rupestres de la Patagonia. *Runa* 5: 5-22.

Menghin, O. F. A. y C. J. Gradín

1972. La piedra calada de Las Plumas (Provincia de Chubut, República Argentina). *Acta Praehistórica* 11: 13-63.

Sánchez-Albornoz, N.

1955. El neolítico final en España en el tránsito a la Edad de los Metales. *Humanitas* 5: 47-85.

1957. Pictografías del Hoyo de Epuyén (Chubut, Argentina), *Acta Praehistorica* 1: 121-125.

1958a. Pictografías del valle de El Bolsón (Río Negro) y Lago Puelo (Chubut, Argentina), *Acta Praehistorica* 2: 146-175.

1958b. *Una penetración neolítica en Tierra del Fuego*. Bahía Blanca, Instituto de Humanidades, Universidad Nacional del Sur.

1959. Pictografías de la Península de San Pedro (Nahuel Huapi). *Runa* 9: 99-105.

1967. Hachas y placas en San Antonio Este (Río Negro). *Runa* 10: 455-464.